de obscuridades que no es permitido al ojo del hombre poder penetrar. Una sola causa puede afirmarse y es que el estado de este pais es muy precario y que fluctúa entre la monarquía y la república.

CAPÍTULO XXIX.

Roma y la América.

¡Cuanto se ha engrandecido el mundo despues de la antigua Roma! ¡cuantas cosas se han descubierto en el universo que estaban ocultas para aquella! Si Cesar volviese al mundo se admiraria de encontrar en su asiento en el Capitolio, á sus sucesores desarmados (los papas) echando bendiciones sobre Roma cristiana y dirigiendo con arrogancia el *urbi et orbi*, del mismo modo que Moises hablaba de los límites del mundo señalando los de la Judea. ¿Y que era el *orbis*

de aquellos tiempos en comparacion de él del nuestro? Navegantes atrevidos, volviendo sus velas hácia la India y la América, han descubierto un mundo desconocido: y el patrimonio de San Pedro ha recibido de ellos inmensos dominios. Por todas partes por donde los Argonautas católicos colocan sus altares, llevan con ellos un trono para Roma; y toda conquista de Europa, viene á ser una para ella. Roma sin legiones ha adquirido mas y mas solidamente que lo que adquirió con los guerreros, cuyo nombre infunde aun respeto al mundo. Es necesario admirar aquí una rara felicidad para la religion y para la humanidad. El cielo ha permitido que el brazo de los mahometanos se armase con un alfange que por sus golpes lo ha trastornado y destruido todo: la destruccion ha marchado delante de ellos y han quedado como encadenados en las

costas, límites de sus conquistas; parece que se les habia dicho como al mar; *non ibis amplius*. ¡Si hubiesen sido navegantes y coloniales, cuantas regiones sufrirían su culto absurdo y sus costumbres feroces! Envolviendo así al mundo y agotando los manantiales de la riqueza invadirian el universo.

La dominacion papal siguió en América á la dominacion española, porque esta la allanó el camino. Roma gobernaba en América como lo hacia España, y el rey católico era en Mégico, Lima y Buenos-Ayres el virey del papa manteniendo en ellas la autoridad de este, como la suya propia. Los príncipes monárquicos de Roma y Madrid se acomodaban muy bien juntos: el imperio de Roma apoyado con estos dos eges, no probaba obstáculo alguno en América; una poblacion débil aun no proporcio-

naba sino muy pocos negocios, y la ignorancia le aseguraba una ciega sumision: un igual orden de cosas se administra facilmente; algunos pocos obispos bastaban para las necesidades de una poblacion poco numerosa, pero como aparecian en medio de hombres poco ilustrados bajo la doble égida de Roma y España, imponian en un pais en donde no habia ni complicacion ni puntos de resistencia; pero la revolucion de América ha cambiado todas estas relaciones y ha alcanzado tanto á Roma como á España. La América era una en gobierno, ahora es multíplice; era realista, ahora es republicana; era ignorante y se ilustrará cada dia mas. Su clerecia superior era española, ahora será américana; esta abundaba en número y en riquezas, ahora será reducida á lo que exigen las verdaderas necesidades y las conveniencias. Pero la mudanza mas

importante, mayor y que puede llamarse decisiva, resulta del aumento inevitable de la poblacion americana y ventajas que de esta resultan. Aquí pues es necesario echar las miras mas léjos y no graduar la poblacion futura de la América por la que tiene en la actualidad, y sí tener presente la fuerza de los móviles que van á concurrir en su aumento; bajo cuyo concepto la América española está mucho mejor distribuida que la del norte; el clima de la primera es admirable, su tierra mucho mas fecunda, mucho mas vivificada por el sol, las subsistencias mucho mas abundantes y mas espontáneas que en el norte, el curso de las aguas mas numeroso y voluminoso, y por esta razon allí, como en todas partes, la poblacion se aumentará á proporcion del grandor, abundancia é inmediacion de los rios. Todas estas propiedades no pueden mé-

nos de atraer en su superficie una inmensa poblacion, cuya progresion ascendiente excederá á la que experimenta la de los Estados-Unidos por muy grande que esta sea. Esto es por lo que hace á la América.

Volviéndonos de parte de Roma ¿que vamos á encontrar? una disposicion constante á la inmutabilidad, porque esta es su esencia: Roma reposa sobre una piedra de la que nada puede desprenderse y contra la cual nada puede prevalecer. Roma no adelanta, ni atrasa *, está siempre fija: sin embargo en América todo mudará, todo se animará con un nuevo espíritu; pueblos numerosos se construirán en lugares que ninguna poblacion vivifica todavía; innumerables generaciones saldrán de esta tierra, nada puede impedir su impulso; probarán las necesidades adictas á su culto, y este culto será el de Roma; estas necesidades han de ser satisfechas; aquí reside el nuevo problema que se levanta entre América y Roma; la inmutabilidad y la novedad van á encontrarse en presencia; tienen que decidir sobre obgetos de una importancia tal que nada puede sobrepasar, ni en cuanto al fondo, ni en cuanto al espacio sobre que alcanza.

* Antes de la revolucion, en Roma, el rey de Prusia solo era considerado como marques de Brandebourg, y el emperador de Rusia, el czar de Moscovia.

El carácter de estabilidad inherente á Roma, advierte á cualquiera que trata con ella, que es preciso pensar en lo venidero tanto como en lo presente; una vez que se ha firmado, no hay lugar á arrepentirse, pues ella no sabe aban-

donar lo que ha sido hecho; todavía en el dia de hoy, la Francia no ha podido conseguir el deshacerse de los compromisos y apuros resultados de un concordato hecho hace 300 años; la América en sus negociaciones con Roma, debe reglarse sobre este conocimiento de su carácter particular; este es un dato cierto que no debe perderse de vista, cuando por la primera vez firme con Roma algun pacto; porque una vez hecho ya es muy difícil volverse atras, maxime con un monarca como el de Roma. El principio de conducta que hay que observar con respecto á esta, es el de no tener que hacer nada con ella sino una sola vez; pero en esta debe saberse lo que se hace, porque cuando se ignora, Roma lo sabe. En sus negociaciones con esta, la América es pues conducida por los mismos atributos de Roma á hacer reconocer y establecer un principio general de accion

en la satisfaccion de sus necesidades religiosas; principio que sea capaz de dispensarla de recurrir sin cesar á Roma; aquí el verdadero espíritu religioso presta á la prevision todas sus alarmas y todas sus claridades. La América pertenece al catolicismo, es preciso que quede con él; el catolicismo es inseparable de la union con Roma; el pueblo américano ha sido formado en él por amos españoles; la ruptura con Roma puede tener los mas grandes inconvenientes aun en el orden político; Roma por su parte tiene el mayor interes en la conservacion de este soberbio dominio. Por la mas feliz combinacion hay pues concurso de intereses para la conservacion del catolicismo en América; y así todo depende de la manera de que se valgan las dos partes para cumplir esta grande obra; de una y otra parte debe evitarse todo exceso, toda pretension, toda tenacidad, toda

obstinacion, sea á toda vejez ó sea á toda novedad; es necesario ver lo que es aplicable á la América en su nueva formacion, y no obstinarse en reglarse sobre la antigüedad; el catolicismo no debe ser sacrificado á máximas, ó bien á prácticas que el tiempo ha privado por su antiguo valor; todo debe ser reglado sobre el estado de la nueva América y no sobre el de la antigua, que nada tiene de comun con la de hoy dia. Las instituciones deben referirse á los tiempos, á los lugares y á las personas y no estas á aquellas. Pues que es indispensable que exista entre América y Roma un lazo sólido y durable este no debe ser de hierro, una materia mas facil y suave la convendrá mejor; la América por su parte no debe querer sino cosas conformes á su nueva posicion y á su deseo de sostener el catolicismo; no tiene un solo interes contrario á

esta intencion ortodoxa; ha hecho del culto católico el culto exclusivo de todas sus repúblicas; su intencion no puede pues ser puesta en duda; no puede parecer ni ser exigente pidiendo que se la provean los medios de satisfacer sus deberes religiosos sin adherirles ó agregarles insuportables sugeciones ó mortificaciones..... Porque felizmente no hay entre Roma y la América ningun motivo de discordia en el fondo; ambas quieren una misma cosa, es decir el catolicismo. Las dificultades no podrian suscitarse sino sobre los medios de sostener el catolicismo y de satisfacer á las necesidades religiosas de América.

La cuestion aparece aquí en toda su verdad y pertenece á la geografia: héla aquí tal como debe ser presentada. ¿Puede Roma desde el centro de la Italia gobernar directamente la América? ¿debe

esta estar sugeta á recurrir á Roma á cada mutacion de silla episcopal y á cada paso reservado á Roma? ¿la distancia, los peligros de largos viages por mar, su carestía, las incomodidades de la mudanza, no exigen, á beneficio y en el mismo interes del catolicismo, que la América encuentre en su propio seno los medios de seguir su culto y de llenar sus deberes religiosos sin sufrir inconvenientes de esta naturaleza? Es evidente que á larga pesarian sobre la América con un peso insoportable y la inducirian á revoluciones extremas; porque en fin ya no hay allí un rey de España conservador de la autoridad de Roma, y si seis repúblicas; no hay ya clerecía española, pero sí américana; ya no hay puertas cerradas á las luces ni enseñanza de Salamanca, ni poblacion pocas veces sembrada en vastos espacios, pero sí hombres que habrán de contarse por

millones. Un nuevo mundo se ha formado y su direccion debe ser nueva y la consideracion de las distancias debe ser sobre todo apreciada Que se note una de estas fuentes de las grandezas de Roma sea guerrera ó sea religiosa y se verá que su posicion central estaba en Italia y en el mundo entónces conocido. Por ella se extendia á todo á la vez : el Mediterraneo era entónces el centro del mundo, y Roma ocupaba el centro del Mediterraneo. La distancia la ha sido siempre fatal; ni aun ha podido sostener á Constantinopla : todo el norte se le ha escapado y no la ha quedado sino lo que la rodea con las colonias de estos estados vecinos. Donde Roma no puede gobernar directamente lo hace por vicarios apostólicos, del mismo modo que la guerrera Roma gobernaba las provincias distantes por medio de procónsules : pero esta práctica no es buena sino para

colonias cortas ó para paises á quienes las misiones bastan; este medio seria insuficiente é ilusorio para la América; y no es tampoco empleado en las grandes monarquías de Europa, en donde su dignidad se encontraria ultrajada. La designacion de estos agentes pudiendo venir á menudo, haria conocer á la América los inconvenientes de recurrir frecuentemente á Roma para reemplazarlos. Estos agentes serian revocables y dependerian mas de Roma que lo afectos que serian á la América. Este medio de union con Roma es del todo impracticable, y así es indispensable que la América encuentre en sí misma todo lo que necesite para el egércicio constante y fácil de su culto.

Este se sostiene por obispos; pero Roma quiere ser dueña del episcopado y hacerle depender de ella como su ma-

nantial * : esta es su pretension, y la que realiza por la institucion canónica. Confiase en la fuerza de este lazo para avasallar los soberanos y para obligarles á cederle por la denegacion prolongada de las instituciones canónicas. Ella la ha empleado con buen suceso contra Luis XIV. Durante once años, Roma rehusó bulas á treinta y dos obispos nombrados por este príncipe por otra parte tan religioso; y nada pudo vencer la resistencia de Roma. Si ella ha cedido un instante bajo la mano irresistible de Napoleon, se ha relevado de su condescendencia, y ha vuelto á tomar su antigua posicion. Aquí es donde la América va á volverla á encontrar, y donde va á tener que

* La pretension de Roma es la de tener el poder directamente de J.-C. y de comunicarle al episcopado, quien no le recibe de este modo, sino de una manera secundaria.

pactar con ella. La América ha hecho ya adelantos á Roma, que no han sido felices, ni siquiera han escuchado á su enviado. El vicario apostólico que Roma habia enviado á Chile parece haberse engañado sobre la naturaleza de su papel, y haberse hecho el agente de España lo mismo que el de Roma, todavía mas el de la política que el de la religion; fatal yerro, y mas peligroso todavía en América que en Europa.....

Que Roma misma tenga buen cuidado de los vicarios apostólicos que no podria vigilar en medio de los espacios de América: puede ser que entre ellos encontrase algun *Photius*. Roma debe someterse á la ley comun, la de las proporciones; todo lo que es disproporcionado perece: un cable de hierro se afloja por su prolongacion, y cede en su centro. ¿Como Roma gobernaria el globo, si fuese católico de efecto, como lo es de nombre? ¿Y si ella tubiese este poder, que seria de los otros, y que les quedaria?

Tal es el cuadro de la nueva situacion que la revolucion de América ha creado para Roma; felizmente esta ha sido siempre la *cosa del tiempo*, es decir *atemperada á las circunstancias*. Santa en tiempo de santidad, úfana y dominadora en tiempo de credulidad, reserrada y circunspecta desde la introduccion de las luces, memoratriz del cisma de Enrique VIII y de la reforma del siglo diez y seis. Pero ha llegado para ella en América un momento mas crítico aun, que el tiempo en que recibió estas dos lecciones. La América se presenta á Roma con un aparato mucho mas imponente, porque en ella todo es inmenso y nuevo. Esta situacion tan grande y tan nueva

es muy á propósito para fijar igualmente las miradas de los católicos y de los políticos. Roma será puesta á un examen ó prueba mucho mas grande aun que todas aquellas que hasta ahora ha sufrido. El tiempo, las cosas, y los hombres han contribuido para agravarla. La separacion de lo espiritual y de lo temporal, es hoy el sentimiento especial de la atencion de la América. Esperar desviar á los hombres advertidos y escarmentados por muchas lecciones, seria alimentarse con una nociva y peligrosa esperanza, que no puede ménos de ser engañosa. La América está demasiado ilustrada para ser sujetada á ninguna ilusion; querrá lo verdadero y el bien, y lo querrá con la fuerza que dá la razon; y en el hecho, ¿que obgetar á hombres que vienen á ofrecer su incienso á un altar, al cual no piden sino que no se les rehuse ó que no se les haga pagar

mas caros los medios de renovarle sus homenages? La América pide y quiere sostener el fuego sagrado, pero sin esclavitud, sin supersticion y sin interrupcion. Tal es el estado en que se presenta delante de Roma. Esperémos que esta, penetrada de la importancia de su resolucion, abrazandola en su totalidad, y desnudandose de toda consideracion mundana, recogerá toda la fuerza que á menudo la ha servido tambien, y que ayudada por un discernimiento mobido por estos grandes intereses, Roma no rehusará á la América las satisfacciones que la unirán á ella, y que en esta inmensa y distante familia la harán encontrar hijos respectuosos, esclarecidos y cristianos, fieles á sus deberes religiosos y á los de ciudadanos. La unanimidad de estos nuevos sentimientos entre los americanos indica á Roma el camino que debe seguir con ellos, y que con-

servando la América en el catolicismo la merecerá las bendiciones del universo.

CAPÍTULO XXX.

La Grecia.

CONSIDERACIONES GENERALES.

En la primera parte de este escrito, se ha establecido que la revolucion de la Grecia no era el producto del espíritu revolucionario ni de manejos demagógicos, y sí 1° la continuacion de las tentativas que muchas veces habian sido hechas para sacudir el yugo otomano, excitadas algunas veces por las mismas potencias que alegan hoy el espíritu revolucionario contra la Grecia; 2° el